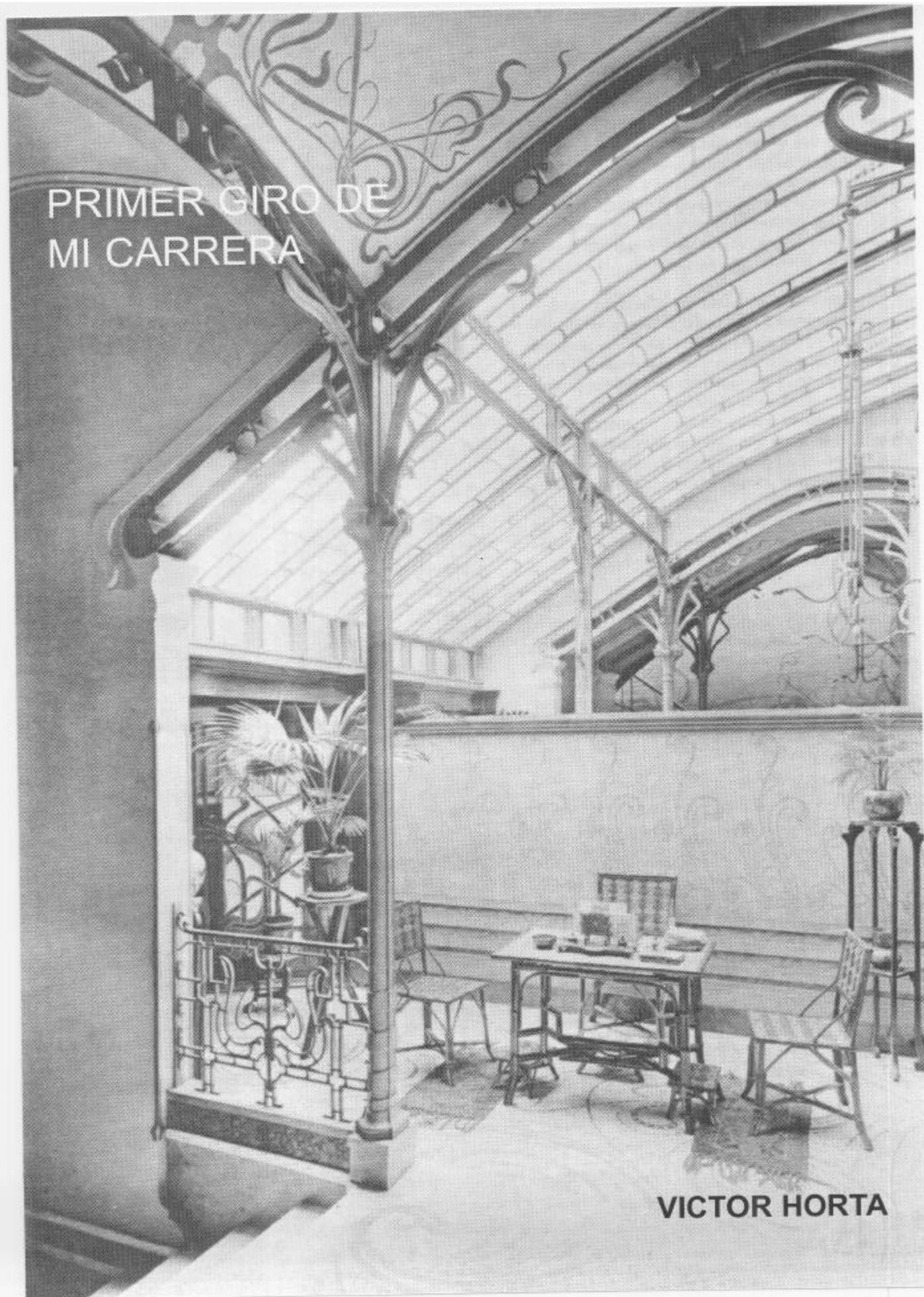


PRIMER GIRO DE
MI CARRERA



VICTOR HORTA

¿Las cosas más imprevistas llegan acaso a ocurrir a partir de las que nos hemos representado en un primer momento? ¿Y aquéllas que buscamos sólo se realizan cuando insistimos en ellas? Creo que unas empujan a las otras, y es precisamente por haber hecho todo lo necesario, y un poco más de lo necesario, en uno u otro caso, o en los dos casos reunidos, que podemos encontrarnos con un resultado imprevisto. Ingresé en la Escuela para dedicarme al bien público. Pero, a decir verdad, allí no he hecho más que amigos; amigos cuya profesión les impide prodigarse en público o interesarse en política, y cuyo carácter los mantiene en la vía de la intimidad y del bien, más que en los caminos de la multitud y la vulgaridad general. Charbo, Tessel, Autrique, Lefébure, Hubert y algunos más que constituían el círculo de nuestras relaciones, eran todos, al margen de sus cualidades profesionales, unos «absolutistas».

Demasiado «absolutistas» en sus ideas para saber hacer las concesiones que se han de hacer para colocarse en las mejores posiciones. Así como hay gente que parecen «nacidos» para gobernar, hay también otros que sólo se «moldean» en la «pasta» de la oposición. Yo era de éstos, política, estética y sentimentalmente. Nosotros lo éramos, por naturaleza, sin alardear. En un círculo muy limitado, con vías restringidas en lo cuantitativo pero muy abiertas hacia la infinitud de los conocimientos, el entendimiento no podía ser más que perfectamente amistoso; lo que gustaba a uno, gustaba al otro.

No obstante, yo era el único que esperaba de una futura clientela el medio para mostrar las «opciones reales» que esperábamos, y de mi pasado y de mis aspiraciones respecto a una arquitectura futura que abandonara los estilos y la aplicación generalizada de materiales aparentes. No es que tuviese la loca idea de crear una arquitectura totalmente nueva, ni tampoco la de hacerle dar un paso adelante en tanto que arte propiamente

dicho, sino simplemente expresar este arte a partir de su carácter propio, por su lenguaje personal antes que por el lenguaje convencional de los estilos.

Teníamos una gran admiración por los maestros y la arquitectura existente (incluida la de Bélgica, aunque no guste a los estetas de hoy en día); además, lo que era una garantía mejor, teníamos ya una ventaja, una experiencia ampliamente suficiente para albergar todavía las vanas y absurdas pretensiones que sólo los ignorantes pueden tener.

Nuestros deseos, nuestro coraje, nuestra abnegación, (nuestro rechazo) contra el éxito fácil, estaban aún bien vivos y no eran ninguna estúpida ilusión. En búsqueda del éxito, ¿porqué tendríamos que darle la partida por ganada a Gand, que era tan ampliamente aceptado que sus obras aún despiertan aprobación? Para nosotros el éxito representaba la posibilidad de ensayar las experiencias nuevas que estaban tan ligadas a nuestro espíritu como el pan al estómago o el amor al corazón.

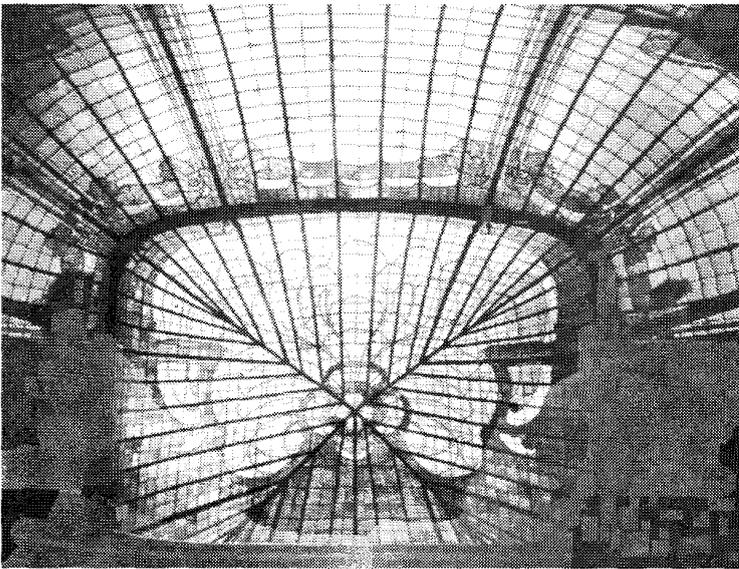
1899

El último año del siglo puede dar lugar a algunas reflexiones sobre el valor de los diseñadores y el de los empresarios que puede encontrar el joven «principiante», que sólo tiene a su favor un público limitado y tiene en contra a todo el resto de la sociedad.

El defecto de la arquitectura es que depende de aquellos *intermediarios* que permiten el paso de las ideas que el arquitecto expresa en el papel a la ejecución. En el período moderno, estos intermediarios son los diseñadores y los empresarios: dos elementos en los que puede encontrarse un cierto apoyo, lo que no deja de ser anormal, pues los intereses se oponen en la misma medida en que las reproducciones mecánicas se extienden y que las máquinas de construcción se multiplican para los empresarios.

El ideal de la obra de arte es el de ser concebida y ejecutada por una sola persona. El pintor se ciñe a este principio hasta que la obra demasiado grande o demasiado múltiple le obliga a contar con la colaboración de sus alumnos... Si bien este procedimiento parece beneficiar al artista, se vuelve contra el valor estético de la obra misma. [...]

V. Horta, Casa Tassel. Cubierta de vidrio del Hall, Bruselas, 1893-95



El abandono del arte pictórico decorativo no tiene razones más profundas. Por muy hábil que sea un artista, el arte es lento. Quiero decir: su obra exige un tiempo de reflexión, de incubación, de concepción, de desarrollo. Hablo aquí de «arte», a lo Miguel Angel, y no de arte al modo del decorado teatral que está apareciendo y con el que nos encontraremos en lo sucesivo. Entre tanto, hemos vivido el período de la «obra artística», del cuadro de caballete que permitía al maestro la realización individual (su firma), especie de obra mercantil que después de la venta se entrega al comprador para que este se arrogue el derecho de colocarla donde quiera, ya sea favoreciéndola o perjudicándola. [...]

Comparado con la pintura, que permite una mezcla o yuxtaposición de colores sin límites, el arte de la escultura sólo tiene un número limitado de materiales cuyo color y textura influyen sobre la forma y el acabado de la obra escultórica. [...]

La obra escultórica, por perfecta que sea, nunca puede bastarse a sí misma: el complemento de la arquitectura le es mucho más indispensable que lo que resulta la escultura para ésta. La arquitectura contribuye a darle valor, a resaltar sus cualidades, en incluso a esconder sus defectos. [...]

Por esto es que se impone la colaboración. No hemos citado esta necesidad en el caso de la pintura porque es evidente. Pues la pintura también tiene sus grados, que van del gran arte a la aplicación de un fondo de color uniforme o variado, y que en caso de monocromía absoluta tanto la sombra como la luz pueden matizar lo infinito. Los grandes promotores del «cubo arquitectónico integral» ignoran la aplicación de estos principios...

[...]

El arquitecto, tal como lo concebimos, cabeza independiente de la construcción, es una emanación del poder real: así como el rey es el amo del estado, él es el príncipe de su obra.

Victor Horta, *Première tournant de ma carrière*, 1893-1906

Edición utilizada para la traducción: Cécile Dulière (ed.), *Victor Horta. Mémoires*. Bruselas: Ministère de la Communauté française de Belgique, 1985, pp. 30 y 311-312
Traducción: Mar Pipó

V. Horta, Casa Tassel. Bruselas, 1893-95

